

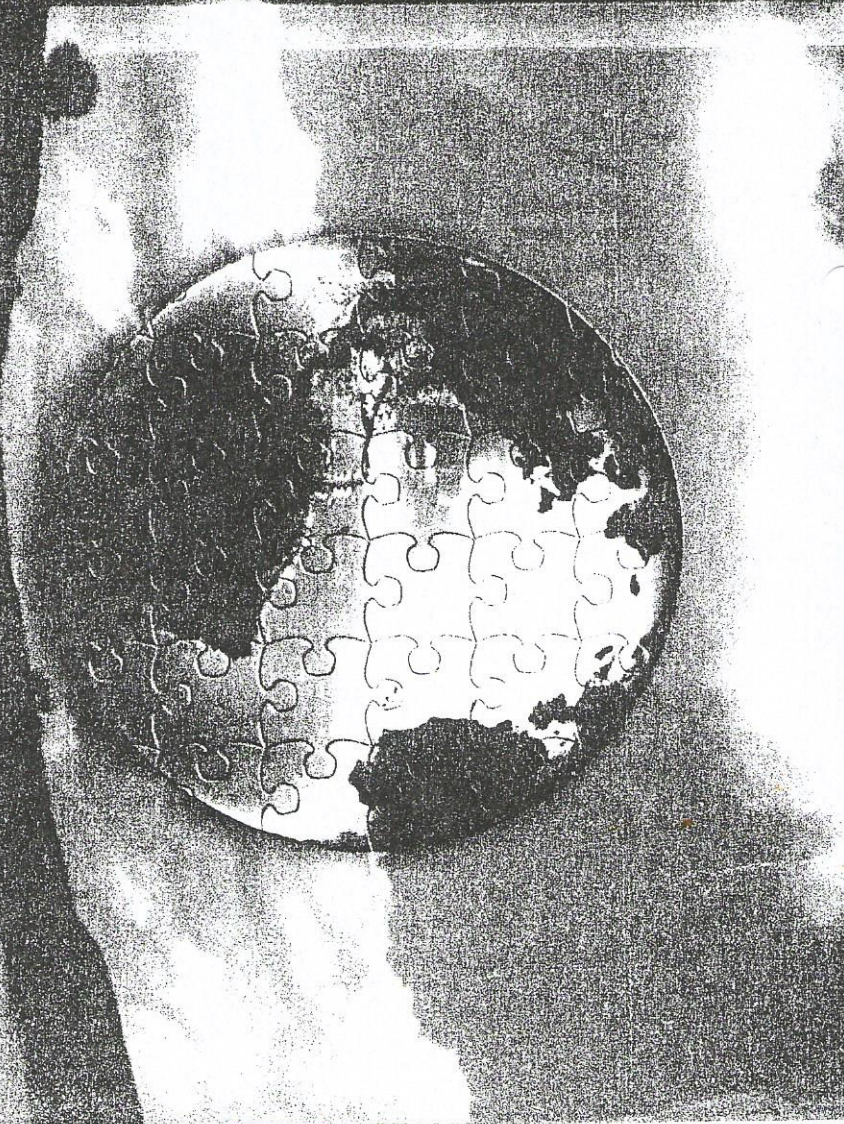
**GLOBALIZACIÓN Y LOCALIDAD:
ESPACIOS, ACTORES, MOVILIDADES
E IDENTIDADES**

Estos que este libro reúne surgen de investigaciones de campo que en de manera comparativa y pluridisciplinaria, cuatro aspectos matados de los llamados "espacios infranacionales": dentro de la sección, las reorganizaciones productivas de las ciudades y regiones; estrategias de las instituciones y los actores involucrados en la decisiones a nivel local; las recomposiciones territoriales y las relaciones espaciales que las acompañan; y los cambios en las prácticas y las identidades de los residentes. El objetivo es destacar la presencia de estos cuatro temas no solo desde una perspectiva teórica y teórica, sino también desde el punto de vista de las estrategias, políticas prácticas, de actores locales en su adaptación a una de las transformaciones más profundas de la historia del capitalismo.

Esta organizada en cuatro secciones: las dos primeras agrupan a que abordan, por una parte, las dinámicas de los cambios en las regiones productivas urbanas y regionales y por otra, la afirmación de actores que desempeñan un papel relevante en la transformación de los productivos o en las políticas públicas en materia de apoyar a la sección se ocupa de aquellas adaptaciones que mediante las prácticas de los trabajadores locales, han influido sobre las diferencias y desigualdades económicas entre las distintas escalas espaciales. En la cuarta sección se estudian los cambios en los modos y las prácticas de vida de los residentes de las ciudades y regiones que se están frecuentemente de transformaciones y luchas de representar las identidades.

Margarita Estrada Igúñiz
Pascal Labazée
(coordinadores)

GLOBALIZACIÓN Y LOCALIDAD:
ESPACIOS, ACTORES,
MOVILIDADES E IDENTIDADES



Margarita Estrada Igúñiz
Pascal Labazée
(coordinadores)

**GLOBALIZACIÓN Y LOCALIDAD:
ESPACIOS, ACTORES, MOVILIDADES
E IDENTIDADES**

PUBLICACIONES DE LA CASA CHATA

CEIAS

APRIL 1981
ISBN

Contenido

PRÓLOGO. Lo regional y lo local: cambios en las ciencias sociales en México, 1980-2000
Claude Balatton 11

INTRODUCCIÓN
Margarita Estrada y Pascal Labazée 21

SECCIÓN I
Espacios productivos

Transformaciones productivas en el estado de Guanajuato (México).
Empresarios locales y globalización
Margarita Estrada y Pascal Labazée 45

La industria maquiladora en Monterrey en la encrucijada de lo global y de lo local
Anne Fouquier C. y Rebecca Moreno 65

Los clusters más dinámicos del sector industrial de la economía de Guanajuato y de las zonas metropolitanas de León, Tlapuato y Celaya
Alexandro Dávila Flores 87

La evolución de las configuraciones productivas locales en Brasil: tendencias e interpretaciones
Lia Hasencler e Iselde Maciel 121

Una industria tradicional en contacto con redes de producción mundializadas. Flexibilidad y fragmentación en las aglomeraciones de empresas del sector del cuero en el sur de la India
Lorraine Kennedy 143

SECCIÓN II
Actores sociales

Gobiernos de alternancia y buen gobierno en México	
<i>Víctor Alejandro Espinoza Valle</i>	171
Centros de Servicios Empresariales y la competitividad de un <i>cluster</i> industrial: el caso de la industria de prendas de vestir de Moreleón y Tlaxianguo, Guanajuato	
<i>Ulrik Vangstrup</i>	185
Las paradojas de la ciudadanía: una mirada desde la migración internacional	
<i>Patricia Zamudio</i>	211
Descorrelación institucional y dinámicas económicas localizadas: Discordanancias brasileñas	
<i>Yves-A. Fauré</i>	239
Los migrantes del valle del río Senegal en el proceso de globalización	
<i>Catherine Guimbal</i>	269
SECCIÓN III	
Movilidades	
El Baño guanajuatense: expansión y redefinición de un tejido espacial regional	
<i>Patricia Arias</i>	295
Nuevos escenarios geográficos de la migración mexicana a los Estados Unidos	
<i>Jorge Durand</i>	311
Temporalidades y espacios de la circulación migratoria entre México y Estados Unidos	
<i>Laurent Ferret</i>	329
Migraciones internacionales y trayectorias laborales en áreas urbanas del Centro-Occidente de México	
<i>Jean Papail</i>	319

Hacia un nuevo ordenamiento del espacio rural en el Sotavento veracruzano?

<i>Bernard Tallet y Rafael Palma</i>	369
La migración dominicana hacia Puerto Rico: una perspectiva transnacional	
<i>Jorge Duany</i>	397

SECCIÓN IV

Trabajo e identidad

Identidad-espacio: relaciones ambiguas	
<i>Odile Hoffmann</i>	431
Localidades y hogares: concreción local de la globalización en Guanajuato	
<i>Rosa María Ribaldarín</i>	451
Límites y posibilidades de las iniciativas para hacer frente a la pobreza en una localidad rural guanajuatense	
<i>Margarita Estrada Iguiniz</i>	471
Cuando yo me registé... Reestructuración económica local y ajustes individuales entre trabajadores manuales. Mencionova. Coahuila, década de los noventa	
<i>Georgina Rojas García</i>	489
La fiesta patronal en un pueblo purépecha (Acahuén): identidad y rito de una comunidad transnacional	
<i>Mariángela Rodríguez</i>	509
Trayectorias laborales y mercados de trabajo locales. Un análisis de caso en el Gran Buenos Aires	
<i>María Cristina Bayón</i>	539
BIBLIOGRAFÍA	
SEÑAS Y ABBREVIATURAS	
	561
	609

En ese sentido, el centro-oeste parecería ser la región guanajuatense donde existen mejores condiciones para retener y defender la propiedad ejidal y para mantener, quizá incluso acrecentar y diversificar la producción agropecuaria en manos de pequeños productores. La demanda amplia y segmentada de los mercados urbanos cercanos aunada a la conveniencia para las familias campesinas de producir alimentos de calidad, en vez de comprarlos, avala la persistencia o emergencia de actividades agropecuarias en las comunidades rurales.

Quizá se podría decir que lo expuesto no resulta tan novedoso. Como se sabe, el centro-oeste ha sido, desde tiempos lejanos, un espacio de quehaceres diversificados, de especializaciones exitosas. Pero hay una gran diferencia entre lo que sucedía en el pasado y lo que acontece hoy. La diversificación de actividades supondría interacciones regionales, es decir, que las actividades, aunque diversas y espaciadas, mantendrían algún nivel de relación, contactos, intercambios entre sí. Esto parece no suceder en la actualidad. Las actividades locales se articulan más con dinámicas y relaciones globales que con el ámbito, las actividades y los tejidos regionales. Como se ha dicho ya muchas veces: la articulación local-global se ha hecho directa, sin intermediarios. De ahí que las señoras del ejido de Silho tengan razón: su empleo, sus ingresos dependen, efectivamente, más de lo que acontece en Nueva York que en la vecina ciudad de León. Lo que hoy vincula actividades y espacios son los desplazamientos incascentes de la población que busca trabajo.

Eso por una parte, por otra, hay que decir que los espacios rurales resienten hoy al menos tres vigorosas y poderosas presiones: en primer lugar, el interés de las compañías por extender la frontera agrícola para actividades agropecuarias bien cotizadas como la horticultura; en segundo lugar, el atractivo para urbanizar el espacio rural para darle nuevos usos residenciales o industriales; finalmente, la competencia por los recursos ambientales locales, el agua en especial, que es el que avala, a fin de cuentas, la posibilidad de mantener actividades agropecuarias constantes en las comunidades rurales. El ejemplo del ejido de Silho, cuyas tierras han dejado de ser de riego para convertirse en temporales, es una muy mala señal para el mundo rural del oeste guanajuatense.

Nuevos escenarios geográficos de la migración mexicana a los Estados Unidos

Jorge Durand

Universidad de Guadalajara

El proceso de formación de regiones de origen y destino de la migración mexicana a Estados Unidos empezó en las primeras décadas del siglo XX. Se trata de un proceso dinámico, con avances y retrocesos, cambios e innovaciones. El proceso evolucionó de un fenómeno marcadamente regional hasta convertirse en uno de dimensiones nacionales, tanto en el país de origen como en el de destino.

La dimensión espacial del fenómeno migratorio, entre México y Estados Unidos, se inserta en un proceso temporal de largo aliento que supera la centuria. De ahí que deba trabajarse al mismo tiempo las dimensiones espaciales y temporales.

En este trabajo pretendo analizar y describir, desde una perspectiva espacial y temporal el proceso de incorporación de la población mexicana al fenómeno migratorio en sus lugares de origen y su dispersión y concentración en los lugares de destino. Por limitaciones de la propia información y para una mejor comprensión del fenómeno proponemos realizar el análisis desde una perspectiva regional circunscrita a las delimitaciones políticas de ambos países.

Las regiones de origen se constatan históricamente a partir de un reclutamiento inicial de trabajadores migrantes y luego se consolidan con el sustento de las redes sociales, familiares, pueblerinas, étnicas y regionales. Por su parte, las regiones de destino se originan a partir de la demanda específica de trabajadores para un determinado nicho laboral, demanda que en muchos casos se resuelve por la vía del reclutamiento. Posteriormente, se dan procesos de concentración de la población dispersa en zonas específicas hasta que se forman barrios o pueblos con denominación étnica, que se refuerzan con el arribo de nuevos migrantes que buscan apoyo en sus redes de relaciones.

REGIONES DE ORIGEN

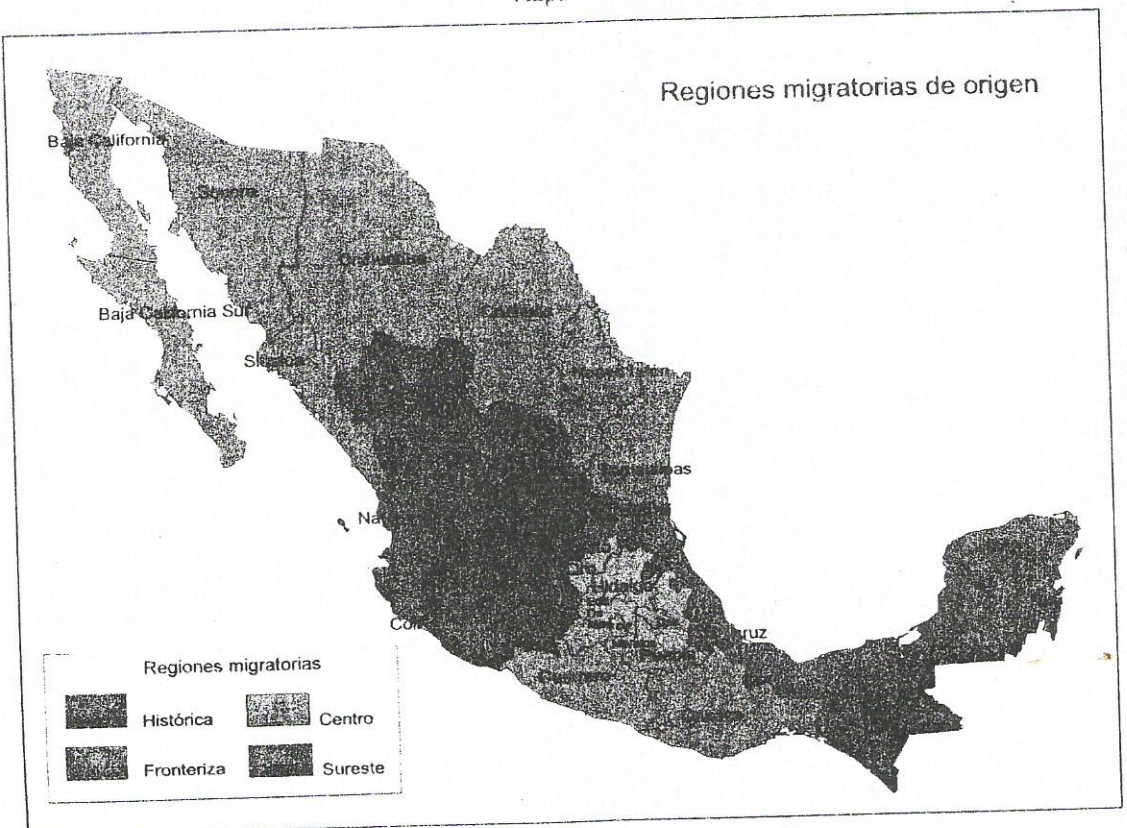
Las regionalizaciones que existen sobre la República Mexicana son muy distintas y variadas. La más simple y referida a tiempos remotos divide al país, propiamente a Norteamérica, en dos grandes espacios: Aridoamérica y Mesoamérica, los criterios utilizados en esta regionalización fueron de tipo cultural y climático (Palerm, 1979). Para épocas más recientes existen muchos intentos de regionalización, pero tres propuestas han sido bastante aceptadas en el medio académico, la del geógrafo mexicano Ángel Bassols (1992), la del sociólogo capitalino Luis Unikel (1976) y la del geógrafo francés Claude Baraillon (1990). Sus principales diferencias radican en una manera distinta de resolver los problemas de siempre: la articulación de los estados norteros en dirección norte-sur o en dirección este-oeste y la definición y los límites de lo que serían la región de occidente respecto a la del centro. La coincidencia radica en la caracterización de la región sur o sureste y los estados que la conforman.

Los estudiosos de la migración también han recurrido a clasificar y analizar su información de acuerdo con criterios regionales. La mayoría utiliza o adapta regionalizaciones ya establecidas (Escohar, *et al.*, 1999), otros clasifican la información de acuerdo con sus propios criterios o intereses (Verduzco, 1998), unos más utilizan criterios geográficos (Lozano, 2000), finalmente Durand (1998b; 2001) propuso una regionalización, donde articula criterios geográficos y migratorios y subdivide el territorio mexicano en cuatro grandes regiones: Histórica, Fronteriza, Central y Sureste.

Posteriormente Rodolfo Corona (2000: 183) retoma la clasificación propuesta por Durand y sólo cambia los nombres de las regiones, a la que llamamos Región Histórica le llama Región Tradicional y a lo que llamamos Región Fronteriza le llama Región Norte. Finalmente el Consejo Nacional de Población (Conapo) utiliza una regionalización parecida, con la diferencia de que en la Región Sureste incluye los estados de Guerrero y Oaxaca.

El punto de partida metodológico para conceptualizar las regiones migratorias fue delimitar la Región Histórica. Como se sabe, el centro-occidente de México es la Región Tradicional de donde han salido los mayores contingentes de mano de obra migrante (Gantio, 1930; Taylor, 1932; Massey *et al.*, 1987), no en vano era una de las regiones más pobladas de México a comienzos del siglo XX (Baraillon,

Mapa 1



1981). Sin embargo, la noción geográfica y regional del occidente no coincidía con lo que había sido el desarrollo de la migración a comienzos del siglo XX, que no sólo incluía a Jalisco, Michoacán y Guanajuato, sino también a los estados vecinos del norte, de paisaje árido y tradición minera. En efecto, desde el primer estudio realizado sobre la migración mexicana se señala la importancia migratoria de los estados de Aguascalientes, Durango, Zacatecas y San Luis Potosí (Clark, 1908). De ahí la pertinencia del nombre de Región Histórica. Finalmente, la región incluye los estados de Colima y Nayarit, de menor tamaño y menor participación migratoria, pero que están insertos geográficamente en la región.

La Región Fronteriza comprende los seis estados del norte que tienen frontera con Estados Unidos, que de oriente a poniente son: Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora y Baja California Norte. A esta región se agregan dos entidades no fronterizas, pero que están, migratoria y geográficamente, relacionadas con las anteriores, como son Baja California Sur y Sinaloa. Los estados de Sinaloa y Sonora estaban conectados por ferrocarril con Arizona desde principios de siglo.

La Región Central gira en torno a las fuerzas centrífugas o centripetas de la capital y está integrada por el propio Distrito Federal y los estados vecinos de Guerrero, Hidalgo, México, Morelos, Oaxaca, Puebla, Querétaro y Tlaxcala. Se trata de una región de contrastes, donde se reúne lo más moderno y lo más atrasado del país, lo que se expresa en entidades de muy baja y muy alta marginación. La modernidad se concentra en la capital y el retraso en las poblaciones indígenas de los estados vecinos.

Finalmente la Región Sureste conformada por los estados de Campeche, Chiapas, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz y Yucatán se caracteriza por ser emergente y por haber permanecido al margen del proceso migratorio a lo largo de todo un siglo. A partir de los años noventa la región, y particularmente el estado de Veracruz, se incorporaron de manera definitiva al proceso migratorio.

Como se dijo, esta regionalización difiere de la del Conapo en la caracterización de la Región Sureste, que incluye a los estados de Guerrero y Oaxaca. En nuestro caso, incluimos Oaxaca y Guerrero en la Región Central por razones migratorias, aunque algunas regionalizaciones incluyen, en el sur, Guerrero y Oaxaca por razones geográficas. En nuestro caso privilegiamos los criterios migratorios ya que estos dos estados se incorporaron al proceso migratorio en la década de los cuarenta y

no son marginales como los otros de la Región Sureste que se integran a finales de los ochenta.¹

PERSPECTIVA HISTÓRICA Y ESPACIAL DE LAS REGIONES DE ORIGEN

De acuerdo con las fuentes disponibles, a principios del siglo XX ya se puede hablar de una región expulsora en México: los estados de Jalisco, Michoacán, Guanajuato y Zacatecas. Según la investigación de Foenster (1925), estos cuatro estados en 1924 aportaban 54% del total de la población migrante. La investigación de Gamio, realizada dos años después, con una base de información mucho más amplia, reporta que los estados referidos aportaban 59%. Por su parte, la Región Histórica en su conjunto aportaba 71% de la población migrante (Gamio, 1930).

Para fines del siglo XX el panorama es bastante distinto. El occidente de México sigue siendo relevante, pero ha disminuido su importancia en términos relativos. Según el censo de 2000, los cuatro estados mencionados aportaban 38% del total y la Región Histórica en su conjunto 50.35% (INEGI, 2000; Durand y Massey, 2003).

Varias razones explican esta vocación histórica de la zona. En primer lugar se trataba de una región bastante poblada, en especial el Bajío y Los Altos, con centros urbanos importantes y con abundante población en las áreas rurales. En segundo término, era una zona comunicada con Estados Unidos por medio del ferrocarril. La red ferroviaria central, que se originaba en la capital, atravesaba El Bajío y encaminaba al norte por los Altos de Jalisco, Aguascalientes y el altiplano potosino. Finalmente, hay un factor externo, el reclutamiento, que suele ser el origen y catalizador de casi todos los procesos migratorios. La zona era ideal para los enganchadores y contratistas porque tenía importantes excedentes de población rural, porque estaba comunicada de manera eficiente por medio del ferrocarril, por quedar más cerca de Estados Unidos que otras regiones (como el centro de México, por ejemplo) y porque la población era mayoritariamente blanca y mestiza.

¹ Es pertinente señalar las diferencias con la propuesta de Conapo, más allá de la discusión académica, dada la influencia que tiene la institución y la cantidad de información sobre el fenómeno migratorio, que clasifica según esos criterios.

Los factores históricos también coadyuvaron a generar e incentivar los flujos en esta región. Durante la fase de la revolución (1910-1917) la zona se vio afectada por el conflicto, allí se libraron grandes batallas. La población sufrió el trajinar de las tropas pero no se involucró tan directamente en el conflicto como otras zonas del país (Morelos, Chihuahua, Sonora). De ahí que don Luis González (1986) hable de los habitantes de la zona Jalisco (la frontera entre Jalisco y Michoacán) como "revolucionados" más que revolucionarios. Como quiera, la revolución fue un buen motivo para huir hacia Estados Unidos.

Al contrario, durante la Guerra Cristera (1926-1929) la zona se vio directamente involucrada en el conflicto. Las zonas rurales de la región tuvieron que ser abandonadas y se concentró a la gente en poblaciones determinadas (Meyer, 1977). Muchos escaparon de la violencia y otros tantos de la leva, de ambos bandos, por medio de la migración (Durand, 1994).

En una segunda fase, nuevamente el factor reclutamiento entró en juego. Después de un largo periodo de deportaciones masivas en la década de los treinta, la Segunda Guerra Mundial propició las condiciones para llegar a un acuerdo entre México y Estados Unidos conocido como los convenios o contratos braceros (1942-1964) (Morales, 1982; Calavita, 1992). La región de la migración se incorporó de lleno a este proceso, lo que significó llevar hasta sus últimos rincones el anuncio de que había demanda de mano de obra en Estados Unidos. En 1962 la Región Histórica aportaba 62.21% de los braceros.

Pero también se incorporaron otros estados de la Región Fronteriza como Chihuahua (10.7%), Coahuila (4.7%) y Nuevo León (4.6). En 1962 la Región Fronteriza aportaba 23.93% de la población contratada. Por su parte, la Región Central aportaba en esos años 12.88% del contingente nacional de braceros. Los estados de Guerrero, Oaxaca, Puebla y México participaron activamente en este proceso que duró 22 largos años. Finalmente, la Región Sureste estuvo prácticamente ausente del proceso y las estadísticas de 1962 señalan que sólo aportó (0.95% (Durand y Massey, 2003). El periodo Bracero fue sin duda el gran catalizador del proceso migratorio en las regiones fronteriza y central.

En términos migratorios, se puede apreciar en la Región Fronteriza una dinámica cuádruple. En primer lugar, la región atrae población del interior del país, y durante los últimos cincuenta años ha sido uno de los polos más importantes de atracción de la migración interna (Bassols, 1999; Zenteno, 1993). Por ejemplo, en

1930 el municipio de Tijuana tenía 11000 habitantes, mientras que en 2000 superó el millón cien mil.

En segundo término, las ciudades y pueblos fronterizos operan como trampolín, escala técnica o cabeza de puente, para la migración internacional (Durand, 1994); por lo tanto, acogen siempre a una población flotante, que en ocasiones resulta excesiva (Gabarro, 1998).

En tercer lugar, la Región Fronteriza recibe inmigración de rebote, de gente que fue a trabajar a Estados Unidos y fue deportada o que regresa al país para quedarse a vivir en la franja fronteriza. En otros casos se trata de migrantes intencionales, que fueron a la frontera con la intención de pasar al otro lado, pero que optaron por quedarse a vivir en alguna ciudad fronteriza.

Finalmente, la Región Fronteriza también es el punto de partida de flujos emigratorios. Sin embargo, evaluar su participación en el flujo general del país es complicado, dada la población flotante, los flujos continuos de migrantes internos y la movilidad de migración diaria o semanal.

Por lo pronto habría que distinguir en la Región Fronteriza dos lógicas migratorias diferentes: la de las ciudades fronterizas como Tijuana, Ciudad Juárez, Nuevo Laredo y la de las ciudades y pueblos del interior. En el estado de Chihuahua, por ejemplo, hay una aneja tradición migratoria radicada en el interior, que data de principios del siglo XX, que fue reforzada por el Programa Bracero (Roberts, 1982) y que tiene una dinámica similar a la del occidente de México, muy diferente de lo que sucede en Ciudad Juárez.

Una vez concluido el Programa Bracero, en 1964, empezó, como solución alternativa, el programa de industrialización de la frontera norte, con el modelo maquilador (Arreola, 1980). Las ciudades fronterizas recibieron un nuevo impulso y cobraron un gran dinamismo. Tijuana y Ciudad Juárez empezaron a figurar en el plano nacional como ciudades importantes después de la ciudad de México, Guadalajara y Monterrey. Si bien, los estados de la Región Fronteriza siempre estuvieron integrados al fenómeno migratorio internacional, la escasez de población impedía que se conformaran como región expulsora.

Durante esta época, conocida como la fase indocumentada (1964-1986), la migración se sostuvo en el entramado social de redes de relaciones constituidas a lo largo de décadas (Massey *et al.*, 1987). Los migrantes se dirigían a donde tenían parientes, amigos y paisanos y así se formaron las comunidades transnacionales que vinculaban

a las comunidades de origen con las de destino. De este modo se reforzó la migración que provenía de aquellos lugares donde el Programa Bracero había incluido o reforzado el proceso migratorio.

Finalmente, durante las décadas de los ochenta y los noventa el fenómeno cobró una nueva dimensión, había quedado atrás el carácter preponderantemente regional del fenómeno, centrado en la Región Histórica y en menor medida en la Fronteriza y se convirtió en un fenómeno nacional al incorporarse plenamente la Región Central y más tarde el sureste.

En el centro, la ciudad de México dejó de ser el polo de atracción que era antes y los estados circunvecinos empezaron a enviar sus excedentes de mano de obra a Estados Unidos. A los estados de Oaxaca y Guerrero se les unieron con injusticia fuerza Puebla, Tlaxcala, Hidalgo y el Estado de México como centros expulsores de migrantes y de este modo se conformó la región migratoria del centro (Durand y Massey, 2003). Esta región tiene la peculiaridad de haber incorporado masivamente a la población indígena en el flujo migratorio.

Además de que la ciudad de México perdió fuerza como polo de atracción, el flujo migratorio internacional se incentivó en la década del ochenta debido a que se sumaron una serie de factores de carácter socioeconómico derivados de crisis económicas, devaluaciones recurrentes e inflación desenfrenada. El cambio de modelo económico, que propugnaba la apertura de mercados y la disminución del aparato estatal, generó intensos procesos de reestructuración industrial y propició el abandono de los mecanismos oficiales que apoyaban y sostenían al campo. La crisis en algunos sectores de la industria y el abandono del sector rural fueron elementos adicionales que propiciaron la migración en la Región Central.

Finalmente, la Región Sureste, que se había mantenido al margen del proceso migratorio mexicano a lo largo de todo un siglo, se incorporó de manera sorpresiva y explosiva en los años noventa. Nuevamente, el reclutamiento se hizo presente. En este caso las maquiladoras fronterizas encontraron una última reserva de mano de obra en Veracruz y a este proceso de migración interna se sumó el reclutamiento de mano de obra con visas especiales H2A y B particularmente en los estados de Veracruz y Yucatán (Pérez, 2000; Smith-Nonini, 2002). Por otra parte, a la crisis del café por el abandono por parte del Estado de los organismos reguladores y por la caída del precio a nivel mundial, se suma la crisis crónica de la industria azucarera, que mal que bien fijaban a la población campesina en sus localidades. Por último,

la guerra de los 6 días en Chiapas y la guerra de baja intensidad de más de 6 años han provocado que se inicie el proceso migratorio en esta entidad, como resultado de la inestabilidad política, la represión, los desplazamientos de población y los enfrentamientos entre comunidades.

De acuerdo con los datos del censo del año 2000 la Región Histórica sigue siendo dominante con un aporte migratorio de 50.3%. En segundo término figura la Región Central con 31.7%, en tercer lugar la Región Fronteriza con 10.8% y finalmente la Región Sureste con 7%. (Durand y Massey, 2003). En términos generales, se podría decir que las pérdidas porcentuales de la Región Histórica y Fronteriza fueron asumidas por la Región Central y Sureste, especialmente el estado de Veracruz.

Para el año 2000 el fenómeno migratorio internacional estaba presente a lo largo y ancho del país y prácticamente cubría todo el panorama nacional. Según datos del Conapo, en el año 2000, sólo 93 municipios (3.6%), del total de 2435, registraron nula participación migratoria y 21% del total fueron considerados como de muy alta y alta participación migratoria. El 10% de la población nacional radicaba en Estados Unidos y entre 15 y 20% de la fuerza de trabajo mexicana estaba laborando en el país vecino.

REGIONES DE DESTINO

La decisión de ir al Norte se puede definir con un "volado". Una moneda al aire puede determinar el rumbo de toda una vida. Porque para muchos, sobre todo los jóvenes, ir al Norte es una aventura. Lo que no define la suerte es el lugar a donde el migrante se dirige. En ese aspecto no caben improvisaciones o aventuras. La gente va adonde tiene contactos, relaciones, amistades y, más que todo, familiares cercanos. Las consideraciones personales salen sobrando, no se trata de gustos o preferencias por tal o cual lugar de destino.

Las posibilidades de elección se reducen al capital humano y social de cada quien. El capital humano suele orientar el destino en sentido amplio: el medio urbano o el medio agrícola, por ejemplo. Se ha demostrado, en el caso mexicano, que los migrantes que provienen de áreas rurales suelen trabajar en la agricultura y los de origen urbano prefieren los trabajos ciudadanos (Massey *et al.*, 1987). En cuanto al lugar de destino específico, la elección depende de la extensión y la difusión de la red de relaciones que cada uno tenga; se restringe a su propio capital social.

De ahí que los flujos migratorios suelen moverse en bloque hacia determinados puntos de destino. Luego, con el tiempo, la población adquiere o transforma su propio capital humano y social y se va dispersando a partir de este núcleo original, que en la mayoría de los casos se trata de un barrio o una localidad definida étnicamente.

El caso de las contrataciones sería la excepción que confirme esta regla. En estos casos el migrante no suele elegir el lugar de destino, sin embargo, muchos migrantes que son contratados desertan y se dirigen a donde tienen parientes o contactos. El contrato, en muchas ocasiones, sirve como estrategia para entrar al país de destino con documentación en regla.

El análisis histórico de la distribución geográfica de la migración mexicana en Estados Unidos permite establecer con precisión cuatro grandes regiones: dos de carácter permanente, una de carácter histórico y otra más en proceso de formación. Dado que se trata de un proceso dinámico y cambiante, las regiones se expanden o racomodan a lo largo del tiempo, pueden dejar de existir o permanecer en estado de latencia y, finalmente, surgir.

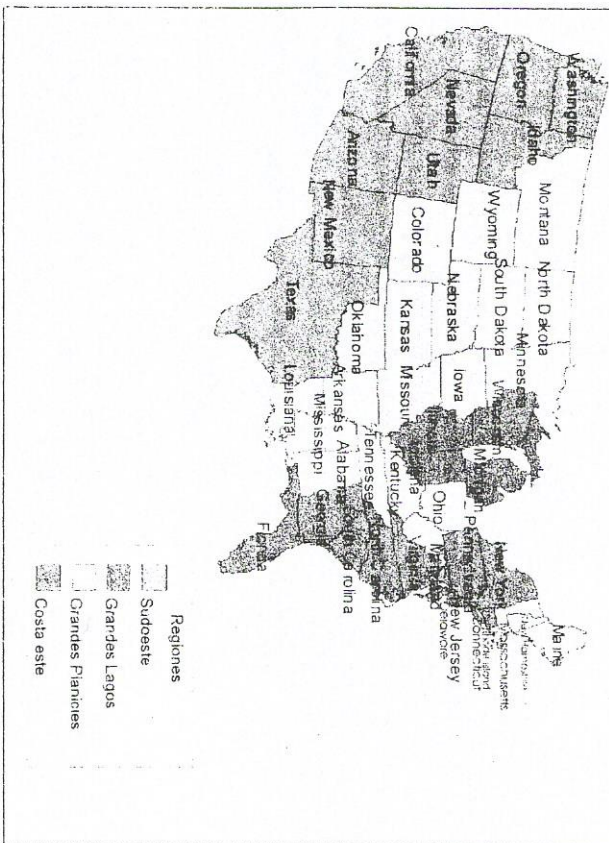
En el caso de las regiones de destino se utilizan términos geográficos, bastante conocidos, pero que no necesariamente son equivalentes con su concreción geográfica. Por ejemplo, las regiones migratorias de destino de los Grandes Lagos y las Grandes Planicies no corresponden exactamente con su definición geográfica tradicional o convencional. Por otra parte, se han establecido como criterios para definir una región de destino, la tradición migratoria, el establecimiento de enclaves étnicos, el tamaño de la población migrante en cada estado y su vinculación a un centro urbano concentrador a nivel regional, al que llamamos capital regional (Durand y Massey, 2003).

La primera región es la del suroeste, que incluye los cuatro estados fronterizos: California, Arizona, Nuevo México y Texas y en una segunda fase de expansión abarca a algunos estados adyacentes: Nevada, Utah, Oregon, Washington e Idaho. En segundo término figura la Región de los Grandes Lagos, que se articula en torno a la ciudad de Chicago y que abarca los estados de Illinois, Indiana, Michigan y Wisconsin. La tercera región, de corta duración, fue la de las Grandes Planicies, que se articuló en torno al centro ferroviario de Kansas City y que en estos momentos está en proceso de reconstrucción. Comprende los estados de Colorado, Kansas, Iowa, Misouri, Nebraska, Oklahoma y Wyoming. Finalmente, hay que tomar en cuenta una nueva región, en proceso de formación, la del corredor de la Costa este.

que va de Florida a Connecticut y que incluye, entre otros, los estados de Georgia, las Carolinas y Nueva York.

Mapa 2

Regiones de destino de la migración mexicana a Estados Unidos



PERSPECTIVA HISTÓRICA Y GEOGRÁFICA DE LAS REGIONES DE DESTINO

Si el lugar origen de la migración mexicana se centra en cuatro estados (Jalisco, Michoacán, Guanajuato y Zacatecas), algo similar puede decirse sobre los lugares de destino, ya que la mayoría de los emigrantes mexicanos se concentran en los estados de Arizona, California, Illinois y Texas. Según el censo norteamericano de 1920 estos cuatro estados concentraban 88% de la población mexicana radicada en

Estados Unidos. Y para el año 2000, los cuatro estados referidos concentraban 76% de los emigrantes mexicanos.

A pesar de la persistencia de este patrón dominante en la selección de los lugares de destino, el análisis histórico detallado de este proceso pondrá en evidencia cambios relevantes en las posiciones que ocupaban los estados, el surgimiento de nuevas opciones de destino y el atarjamiento de otras.

En el caso mexicano, cuatro factores parecen haber sido determinantes para la formación de regiones de destino: vías de comunicación, mercado de trabajo, redes sociales y vecindad geográfica.

A mediados del siglo XIX, antes que ambos países quedaran conectados por medio del ferrocarril en 1884, eran los puertos marítimos y fluviales los que tenían mayor relevancia como lugares de destino. Nueva York, Nueva Orleans y San Francisco eran las puercas de entrada para los mexicanos, en su mayoría gente pudiente que podía costearse el pasaje. Pero a fines del siglo XIX las vías marítimas fueron desplazadas para siempre por los medios de comunicación terrestre y empezó la migración masiva de mano de obra.

Por más de medio siglo, las vías férreas comunicaron de manera eficiente, rápida y barata al centro y occidente de México con el estado de Texas y de ahí con toda la red norteamericana. De este modo el estado de Texas se convirtió en el lugar de concentración y distribución de la mano de obra mexicana.

A comienzos del siglo XX, Texas concentraba 69% de la población mexicana según el censo de 1900, consecuentemente la ciudad de San Antonio era la capital migratoria de los mexicanos. Los cuatro estados fronterizos conformaban la región de destino más importante de aquella época y concentraban 96.6% de la población migrante. Después del caso excepcional de Texas, 14% se concentraba en Arizona, 8% en California y 6% en Nuevo México (Durand y Massey, 2003).

En la Región Suroeste obviamente el contexto de vecindad jugó un papel determinante, al igual que las añejas relaciones de parentesco en los pueblos fronterizos. Relaciones tan íntimas, que incluso han llegado a manifestarse en la toponimia local. Muchos pueblos y ciudades fronterizas llevan el mismo nombre o juegan con los términos en el mismo sentido. Valgan unos ejemplos que van de poniente a oriente: Tecate y su vecino menor Tecate en California; la ciudad de Mexicali y su contraparte Caléxico, San Luis Río Colorado y su vecino San Luis; Sáabe, Nogales y Naco en Sonora y sus homónimos en Arizona; Palomas y Columbus, Texas, el

pueblo al que hizo famoso Pancho Villa; el tradicional Paso del Norte (actual Ciudad Juárez) y El Paso, Texas; Lajitas en Chihuahua y Lajitas en Texas; Boquillas del Carmen y Boquillas en Texas; Nuevo Laredo en el lado mexicano y Laredo en Texas; finalmente San Ignacio en Tamaulipas y San Ignacio en Texas.

Más allá de las relaciones fronterizas fue la conexión ferroviaria con Texas, el mercado de trabajo ligado a la agricultura en Texas y California y las casas de enganche y reclutamiento las que fomentaron y encauzaron el flujo migratorio (Durand y Arias, 2004).

En conexión con el estado de Texas, como centro de redistribución de la población migrante, se desarrollaron dos nuevas regiones de destino, una en torno al estado de Kansas, centro ferroviario de Estados Unidos, que floreció en la década de 1910 y otra que tuvo como eje la ciudad industrial de Chicago, en el estado de Illinois, donde surgió y se desarrolló a partir de la década de los veinte una importante comunidad mexicana que perdura hasta nuestros días.

De este modo, a mediados de la década de 1920 ya se puede hablar de tres grandes regiones de destino de la migración mexicana; la Suroeste, la de las Grandes Planicies y la de los Grandes Lagos (Durand y Massey, 2003) (véase el mapa 2).

En la región de las Grandes Planicies el factor relevante fue el mercado de trabajo, particularmente el trabajo en las minas, el cultivo del betabel y las labores de construcción, reparación y mantenimiento de las vías férreas. En Topeka, Kansas, la compañía Santa Fe Railroad tenía su cuartel general y llegó a contar a 14 mil mexicanos en 1928 (Shmith, 1990). La capital migratoria de esta región era Kansas City, que operaba, al igual que San Antonio, como centro de redistribución de la mano de obra (*reeyngraches*). Allí prosperaron seis barrios mexicanos en la década de los años veinte, tres en el lado de Kansas y otros tres en el lado de Missouri (Shmith y Durand, 2001).

En la Región de los Grandes Lagos, a pesar de su lejanía y el rigor del clima, los mexicanos se insertaron en el mercado de trabajo industrial de las grandes compañías fundidoras, en la industria del automóvil, en las empacadoras de carne, en los patios del ferrocarril y en el cultivo del betabel. La década de los veinte fue particularmente importante en el desarrollo de una comunidad mexicana en las ciudades de Chicago, Illinois; en Gary, Indiana; en Detroit, Michigan, y en St. Paul, Minnesota (Taylor, 1930; Valdés, 2000; Jones, 1928; Señoras de Yesteryear, 1987).

La capital de la Región de los Grandes Lagos es la ciudad de Chicago, en el estado de Illinois. A comienzos del siglo XX el estado de Illinois figuraba en décimo lugar, en 1930 desplazó a Nuevo México y se ubicó en cuarto lugar y, finalmente, en 1970 desplazó a Arizona y ocuparía, de manera permanente, el tercer lugar en concentración de migrantes mexicanos.

Durante la década de los treinta la población migrante mexicana se vio afectada de manera muy particular por la crisis económica. A lo largo de la década fueron deportados más de medio millón de mexicanos y se afirma que en el Norte industrializado hubo una mayor presión para deportar a los trabajadores mexicanos. En la cosecha del betabel, los mexicanos fueron desplazados por trabajadores polacos, alemanes e italianos. Algo similar sucedió en las compañías acerteras y las empacadoras de carne (Carreras, 1974; Taylor, 1930; Durand, 1984).

La Región de las Grandes Planicies, en torno a Kansas City, llegó a su máximo esplendor en la década de 1920 y luego fue decreciendo de manera paulatina. Al contrario, la Región de los Grandes Lagos tuvo un repunte importante en la misma década y después de algunas recaídas logró consolidarse para fines del siglo XX (Durand y Massey, 2003).

El trabajo agrícola y el mantenimiento de las vías del ferrocarril fueron los factores determinantes en la dispersión de la mano de obra mexicana, mientras que el trabajo industrial y los servicios fijaban a la población en los centros urbanos. Las ciudades operaban como centros de concentración y a la vez de redistribución de la mano de obra. Cuando el trabajo escaseaba en el campo o en el ferrocarril los migrantes se refugiaban en las ciudades a la espera de un nuevo contrato.

A diferencia de la década de los treinta, que es de recesión para la economía y la migración mexicana, las de los cuarenta y cincuenta son de expansión. La Segunda Guerra Mundial y la posguerra se caracterizaron por la demanda creciente de mano de obra mexicana y su contratación oficial por medio de un acuerdo bilateral.

El convenio Bracero trajo cambios importantes a nivel regional, en especial en la Región Suroeste. En 1944, a dos años de haber iniciado el programa de reclutamiento, los braceros mexicanos estaban distribuidos en 17 estados. California era el más beneficiado, ya que recibía poco más de la mitad del total de braceros (Jones, 1946; Vargas y Campos, 1964). Sin embargo, en esa época la concentración de braceros en California significaba un paso más en la dispersión, dada la predominancia de Texas. El programa respondía a las demandas de California, Colorado, Nebraska

y Utah, que tenían problemas de escasez de mano de obra agrícola (Fernández del Campo, 1946). El cambio se dejó ver cuando California logró, en 1960, desplazar a Texas de su posición hegemónica y, consecuentemente, la capital migratoria de los mexicanos pasó de San Antonio a Los Angeles.

El reemplazo de San Antonio por la ciudad de Los Ángeles, como capital migratoria, no sólo se debió al crecimiento migratorio de California. Intervinieron factores internos del estado de Texas que relegaron a San Antonio a un tercer plano y promovieron el desarrollo industrial y comercial de Houston y Dallas.

Otro elemento que jugó a favor de California fue la conexión ferroviaria y carretera entre el centro-occidente de México y California, que finalmente quedó concluida en la década de los cincuenta. Quizá la ilustración más explícita de este cambio sea el traslado del centro de contratación de braceros de Irapuato, en el estado de Guanajuato a Empalme, en Sonora. Desde Irapuato se conectaba con Texas, desde Empalme con California.

En la década de los setenta se inició otro cambio relevante. California se convirtió en centro distribuidor de la población migrante mexicana y la región entró en una fase de expansión hacia los estados circunvecinos: Nevada, Utah, Oregon y Washington (Durand, 1994).

Finalmente, en la década de los ochenta, empezó la conquista de la costa este. Durand, Massey y Charvet (2000) hacen el primer análisis sistemático de los nuevos lugares de destino de la migración mexicana utilizando datos de la Current Population Survey de 1986 y argumentan que, entre otros factores, la dispersión de los mexicanos se debe a un efecto no esperado de la ley de inmigración de 1986 (*Immigration Reform and Control Act*, IRCA). La apertura de nuevos mercados de trabajo coincidió con la legalización masiva de 2.3 millones de mexicanos, en 1987, que les permitió viajar y buscar trabajo en mejores condiciones a lo largo y ancho del territorio americano.

Los estados de Georgia, Florida y Nueva York fueron las cabezas de puente para penetrar en la zona. En el estado de Georgia los preparativos para las olimpiadas de 1996, en Atlanta, atrajeron multitud de trabajadores de la construcción. En Dalton la renovada industria de la alfombra pudo salir de la crisis debido a la mano de obra barata de origen mexicano. En las zonas rurales los trabajadores mexicanos empezaron a contratarse en la industria avícola y la recolección de coqueas (Herrández y Zúñiga, 2000; Griffith, 1995).

En Florida fue el agrícola el sector que tuvo mayor demanda de trabajadores temporales, los que una vez concluidas sus labores se movilizaban hacia el Norte siguiendo el ritmo de las cosechas (Griffith, 2000).

En Nueva York, la recuperación de la Gran Manzana en la década de los ochenta empezó a demandar mano de obra barata para los servicios, la construcción y la industria de la confección y fueron los mexicanos los que irrumpieron en el mercado de trabajo secundario en esa especial coyuntura. En muy pocos años los mexicanos empezaron a copar determinados nichos laborales, como la venta ambulante de flores, el trabajo como dependientes en las tiendas de coreanos y como ayudantes de cocina en restaurantes de todas las denominaciones (Smith, 1993, Durand y Arias, 2004).

Por su parte, las Carolinas y Virginia empezaron a demandar mano de obra para las cosechas y la industria avícola. Para la cosecha del tabaco se utilizaba la modalidad de contratos con visas temporales (H2A). Y poco a poco se fueron formando barrios y comunidades mexicanas que laboraban en los servicios (Durand, 1998a). Por último, la industria pesquera de la Costa este, en especial Maryland, empezó a demandar trabajadoras migrantes que llegaban con visas temporales H2. En este caso se trata de mujeres que vienen por la temporada a trabajar en la limpieza y empaque de cangrejo (Smith-Nonini, 2002; Stull, *et al.*, 1995).

La Costa este es una región en proceso de construcción, sin que hasta el momento tenga una estructura definida. No hay una ciudad que haga las veces de capital regional y están en proceso de formación numerosas comunidades dispersas (Durand y Massey, 2003). Si bien la región se articula de sur a norte con el viaje anual de los trabajadores temporales éstos no necesariamente entran en contacto con las poblaciones residentes en diferentes ciudades. Por lo pronto, es una región joven, con poca pero creciente población y que necesita tiempo para poder consolidarse y definirse. La tradicional concentración mexicana en el suroeste sigue siendo dominante, pero pierde fuerza ante el empuje de nuevos lugares y regiones de destino. Incluso la Región de las Grandes Planicies ha rejuvenecido y Denver ha tomado la posta que tuviera Kansas City a comienzos de siglo.

El siglo XXI presenta un panorama totalmente distinto al de décadas anteriores. La dispersión geográfica, tanto de los mexicanos de origen, como de los inmigrantes, es uno de los fenómenos más significativos del patrón migratorio mexicano del siglo XXI.

CONCLUSIÓN

La incorporación de nuevas regiones de origen y destino en el proceso migratorio mexicano ha repercutido directamente en un incremento del flujo. México ha alcanzado y superado la cifra mítica de los 10 millones de emigrantes y vive una etapa de auge emigratorio, sólo comparable al que se dio a mediados de la década de los veinte.

El fenómeno migratorio mexicano ha dejado sus confines regionales y saltado barreras que parecían infranqueables. En sólo una década el estado de Veracruz quintuplicó su aporte migratorio, desahando todas las predicciones de que el proceso migratorio crecía de manera rítmica y pausada. En el mismo período, la costa este, tradicional bastión de la emigración caribeña y de la mano de obra afroamericana, ha sido copada por los trabajadores migrantes mexicanos que se incorporan al mercado de trabajo agrícola, industrial y de servicios.

Los cambios en la distribución geográfica de los mexicanos son también relevantes, por el peso específico que significa la comunidad mexicana en el espectro latino (65%). Si los mexicanos se movilizan, todo el universo latino entra en ebullición, con consecuencias relevantes y duraderas para toda la sociedad.

Al mismo tiempo los hispanos de origen caribeño y sudamericano han empezado a confrontarse con los latinos que provienen del suroeste y del sur del Río Bravo. Contacto que no está exento de solidaridad, competencia, lucha y contradicción. El tradicional barrio puertorriqueño de East Harlem ha sido penetrado de manera sistemática por los mexicanos, del mismo modo que la calle Ocho de Miami tiene negocios de todo el espectro latino.

Los nuevos lugares de destino de los mexicanos significan nuevos puntos de contacto y de conflicto con diferentes sectores de la sociedad norteamericana. El sistema escolar en muchas localidades se ha visto desbordado por una presencia inusitada de latinos, al igual que el sistema de salud pública. El tradicional mercado de trabajo afroamericano se ha visto afectado por el concurso de nuevos postulantes. Oportunidad que han aprovechado muchas empresas para relocalizar sus plantas, disolver sindicatos y contratar emigrantes.

Las reacciones nativistas son parte de este proceso. Arizona, un estado fronterizo, con profundos contactos con México y Sonora, ha aprobado la proposición 200 que castiga severamente a la nueva oleada de migración mexicana.

Los cambios en la distribución geográfica de los mexicanos tendrán repercusiones políticas, sociales y culturales que será necesario evaluar en un futuro cercano. Por lo pronto, al comenzar el siglo XXI el proceso migratorio mexicano parece haber entrado en una nueva fase, donde el crecimiento y la dispersión jugarán un papel fundamental. Lo que fue un proceso regional-regional ahora es nacional-nacional.

Temporalidades y espacios de la circulación migratoria entre México y Estados Unidos

Laurent Faret

SEIPF-Universidad de París VII Denis Diderot

En el contexto general de la difusión y la recomposición de los procesos de intercambio a escala mundial, las lógicas de la migración internacional no pueden escapar hoy a un análisis que tenga en cuenta también las formas de transferencia, circulación y movilidad multiforme que acompañan los flujos migratorios. En el proceso de globalización actual, es especialmente difícil disociar las dinámicas migratorias de todas las otras formas de relacionarse que afectan a los grupos humanos y los territorios sobre los cuales viven. Los asuntos migratorios pueden cuestionarse sucesivamente como componentes, resultados o incluso en algunos casos inductores del proceso de globalización. Los estudios sobre la cuestión migratoria a escala internacional integraron desde algún tiempo estos cuestionamientos, en particular, en reflexiones sobre la universalización de los sistemas migratorios y sobre las repercusiones de los flujos en términos de producción de formas socioculturales originales (Simon, 1998; Tapinos y Delaunay, 2000; Brunneau, 2004; Portes, 1999). Parece que, de manera general, lo que la articulación de los procesos migratorios y la universalización destaca, es el hecho de que, más que la emigración en sentido tradicional, son las lógicas de circulación, movilidad repentina e intercambios que los acompañan que el análisis actual subraya (Tarrus, 2002; Spaan, 1999). O, para ser más preciso, la forma en que los sistemas migratorios desarrollados históricamente se encuentran reconfigurados por formas más complejas de transferencias multiformes, permitidas a la vez por los progresos técnicos de los métodos de comunicación y